

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.**15 CENTIMOS NÚMERO**
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

LOS NEOS

Los conozco. Acechan, guarécense mudos en las lobreguezes. Como hijos del mal, son pífidos, hoscos, traidores, sañudos. Tienen torvo gesto y ojos de chacal.

Los impulsa el odio, los nutre la envidia. Impera en sus almas la astuta doblez. Siempre con perversas pasiones en lidia, demuestran que fueron parto de la hez.

Para ellos es vana palabra el cariño. No les ilumina la voz del amor. La honra es en sus manos juguete de niño, que tiran, destrozan, manchan sin pudor.

Esperad de ellos lo que más denigre: ruines asechanzas, encono cruel, mordisco de hiena, zarpazo de tigre, lamidos de Zoilo y odios de Luzbel.

Jamás en sus pechos vibró la nobleza, en su mente nunca brilló el ideal. Cam les infunde su infame tristeza, su sombra profunda la noche invernal.

Si en su estrecha frente derraman los astros su dulce blancura de plata y marfil, en ella no dejan ni signos ni rastros. ¡Resplandor glorioso que alumbró el cubil!

Huid de ellos. ¡Manchan! Su aliento envenena; son iniciadores del cáncer social, ¡la llaga incurable, la horrible gangrena, la inmundicia ralea, los hijos del mal!

PEDRO BARRANTES

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		FUNDADOR	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes.....	EDUARDO SOJO	EN PROVINCIAS.	Un trimestre.....
	» trimestre.....			» semestre.....
	» año.....			» año.....
	1 pesetas.			3 pesetas.
	2,50			6
	10			12

HOMENAJE Á CASTELAR

Este número lo dedicamos por entero á la memoria de Castelar.

Cuando declaró llamarse «apenas Pedro», nosotros le combatimos terca y sañudamente; cuando se aprestó de nuevo á la lucha por la libertad, fuimos quizás de los que más le aplaudieron.

Ahora se ha muerto, dejándonos solos...

Exaltemos su recuerdo. ¿Qué menos podemos hacer por él?

MONUMENTO Á CASTELAR

Los iniciadores del Mensaje á Castelar han acordado abrir una suscripción nacional para erigir en Madrid un monumento al ilustre patricio cuya muerte llora hoy toda España.

DON QUIJOTE es un periódico pobre, que vive merced al inmerecido favor que le dispensa el público; pero, sin embargo, aportará su pequeño esfuerzo á tan hermosa obra.

Al efecto proyectamos publicar un libro titulado *Castelar*, que coadyuve á la exaltación del grande hombre, en el cual reproduciremos sus más importantes discursos, sus más notables artículos políticos y literarios, fragmentos de sus libros, retratos, facsimiles, documentos, caricaturas, etc.

Además solicitaremos el concurso de nuestros más grandes escritores, para que nos den su opinión sobre las diversas manifestaciones del talento de Castelar, juzgándole como periodista, como orador, como novelista, como gobernante, como historiador, etc.

También pediremos á los poetas que nos presten su ayuda en esta obra de glorificación del primero de los españoles.

Si damos cima á la empresa, si logramos realizar nuestro proyecto, el importe de la venta de *Castelar* servirá para aumentar la suscripción iniciada con objeto de erigirle una estatua.

CASTELAR

Castelar, que vive hace muchos años en la inmortalidad, es de todos nuestros grandes oradores el único que no ha tenido miedo á dictar su epitafio. [En el mismo discurso en que anunció que pensaba retirarse y escribir la historia de España y en un párrafo que recordaba por su grandilocuencia aquel inimitable y portentoso en que comparaba el Dios del Sinaí con el Dios del Calvario, la religión del poder y la religión del amor, la justicia implacable y la misericordia, decía señalando en un porvenir cercano el triunfo definitivo de la democracia por la paz:

«Y entonces, acabadas las envidias y los rencores, la nueva generación me dará un sepulcro honrado y bendecido, y me pondrá en él de manera que pueda besar con mis labios frios la tierra nacional y pueda pedirle su grandeza para mi pequeñez, y para mi muerte el calor de su gloriosa inmortalidad.»

Así habla siempre Castelar. Llenándolo todo con su asombrosa imaginación, con su ingenio poderosísimo, con su alma de artista, que busca siempre la eterna revelación de la hermosura: con la magia de su palabra, que ha robado á la música su ritmo, á la pintura sus matices y su brillo al sol.

**

La elocuencia se llama Castelar. Cantor de la Naturaleza, cuya transformación incesante le habla de la inmortalidad; cantor del arte, porque en él empieza la religión luminosa de la libertad; cantor de las grandezas de la patria, porque cree que para pensar necesitamos de su lengua, y para rezar y para explayarnos en lo infinito necesitamos de sus poesías y de sus plegarias; cantor de la libertad y la democracia, Castelar, como orador, no sólo pertenece á España, pertenece al mundo. No se le juzga, se le admira; y al oírle sentimos dentro de nosotros algo del divino espíritu que anima sus palabras, lloramos lo que él llora, amamos lo que él ama, aborrecemos lo que él aborrece, y le aplaudimos con delirio, orgullosos de que hable la hermosa lengua de Cervantes.

Ni en la Dióspolis Magna, llena de palacios y templos, y obeliscos y sicomoros, que tenía por espejo las aguas del Nilo; ni en la Grecia de los sombríos bosques, de los dioses olímpicos del Parnaso y del taller de Fidias; ni en la Roma gentilica del Foro, del Capitolio y del Senado; ni en el Parlamento inglés, cuando Chatam le dominaba con sus discursos; ni en la Revolución francesa, y eso que, al decir de Lamartine, nunca tal vez en este mundo, desde la encarnación de la idea cristiana, produjo país alguno, en tan corto espacio de tiempo, semejante erupción de ideas, de hombres, de naturalezas, de caracteres, de genios, de catástrofes, de crímenes y de virtudes, recibió adorno ó merced la elocuencia, que el señor Castelar no posea. Por algo se puede decir, sin que nadie lo niegue, que es D. Emilio el primer orador del mundo.

**

A O'Connell no hay que retratarle en el Parlamento, donde su genio empalidece, sino á la cabeza de los irlandeses, que se arrodillan ante él como ante un Dios, grave, magnífico, iluminado de elocuencia, fascinando á todos con el brillo de su palabra, pidiendo la inspiración al cielo y diciendo á su pueblo: «Es preciso que seas libre.» Danton es Danton gritando: «¡Audacia, audacia y siempre audacia!» Y Berryer nunca es más grande que cuando, con la mano extendida sobre la tribuna, exclama: «Que se seque esta mano antes que yo ponga

en la urna una bola para decir que el Ministerio es celoso por la dignidad de la Francia. ¡Jamás!»

Pues bien. Castelar es Castelar siempre. Cuando habla, cuando escribe, cuando pasea, en la tertulia, en el teatro... Lo mismo si ofrece en admirable síntesis el significado y el influjo de un período cualquiera de la historia, que si pinta el cuadro de la política europea, hoy todo negrura y todo sombras, que si abomina las exageraciones de Zola, viendo en ellas la bandera de un desatentado nihilismo estético, que si explica con frase conmovedora y vibrante cómo su alma descansa mejor y mejor se recrea en la dulce y melancólica inspiración de Bellini que en las grandiosas obras de Wagner.

Castelar es un hombre laboriosísimo. Trabaja todos los días del año desde las seis hasta las doce de la mañana: impaciente, febril, con los puños de la camisa manchados de tinta, aunque no escriba; dictando á voces en el despacho más desordenado y revuelto que tuvo jamás publicista alguno. Lee libros y periódicos de todos los países; escribe artículos literarios y revistas políticas; lleva siempre en los labios un discurso elocuentísimo para cada uno de los amigos que le visitan y consultan; mantiene viva correspondencia con las figuras políticas más eminentes de Europa y América; se ofrece, en fin, á todos, amigos y adversarios, como una de las actividades más fecundas y gloriosas de nuestra época.

**

Los que no le conocen ni son capaces de comprenderle, dicen que Castelar escribe sus discursos. Bueno. Los escribe. ¿Y qué? ¿Dejará por eso de ser quien mejor los escribe? ¿Dejará por eso de ser quien los dice mejor? Los recitadores no logran jamás que el auditorio se conmueva donde ellos creyeron que se debía conmover. Castelar está siempre seguro de los efectos de sus oraciones. Timón no se admiraba de esos cohetes voladores que eclipsan las estrellas del cielo y se desvanecen en la obscuridad de la noche. Los discursos de Castelar tienen la eternal juventud de los dioses homéricos.

Yo recuerdo haberle oído exclamar, al mismo tiempo que ponía las acotaciones en las cuartillas de un discurso que acababa de pronunciar en el Congreso: «Dicen que escribo mis discursos. ¡Es verdad! Que los escriban también los que me censuran.» Y tenía razón. Todos los oradores tienen, como él, mimbres y tiempo. Castelar, no hay más que uno.

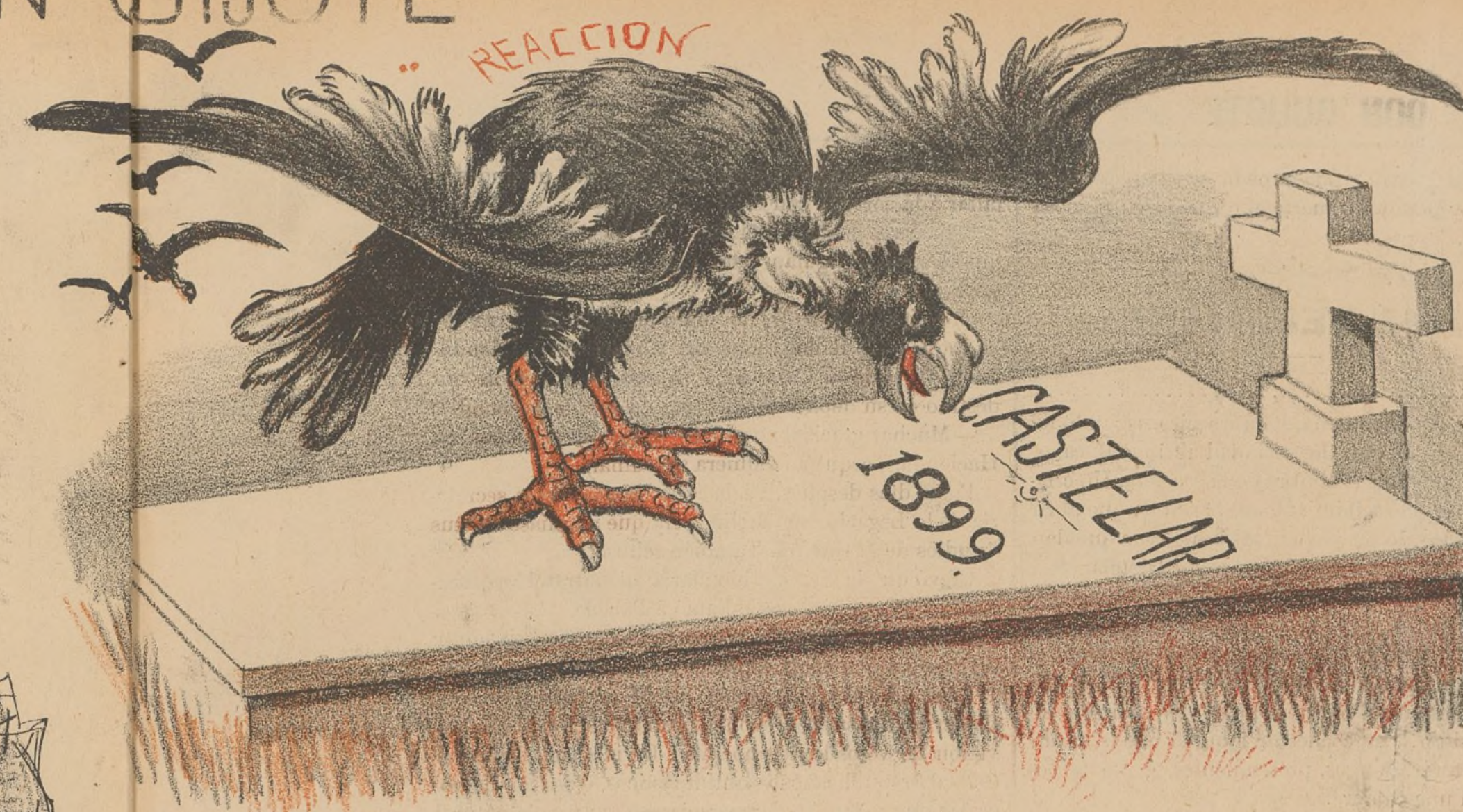
Por otra parte, ¿qué importa que escriba las oraciones del Congreso si pasa todas las horas del día improvisando discursos que valen, por lo menos, tanto como aquellas oraciones? Interrogadle, y le veréis evocar el Oriente, inmóvil, según unos, por estar destinado á ser el eterno manantial de nuestros destinos progresivos; grande, según otros, porque empieza en la casta y acaba en la igualdad religiosa. Habladle de Grecia y veréis lo que os dice para probaros que los griegos tuvieron en alto grado la unidad intelectual, que constituye



HOMENAJE A CASTELAR

Lit. de la Viuda de M. Bantiso, Jesús del Valle. 22

Ayuntamiento de Madrid



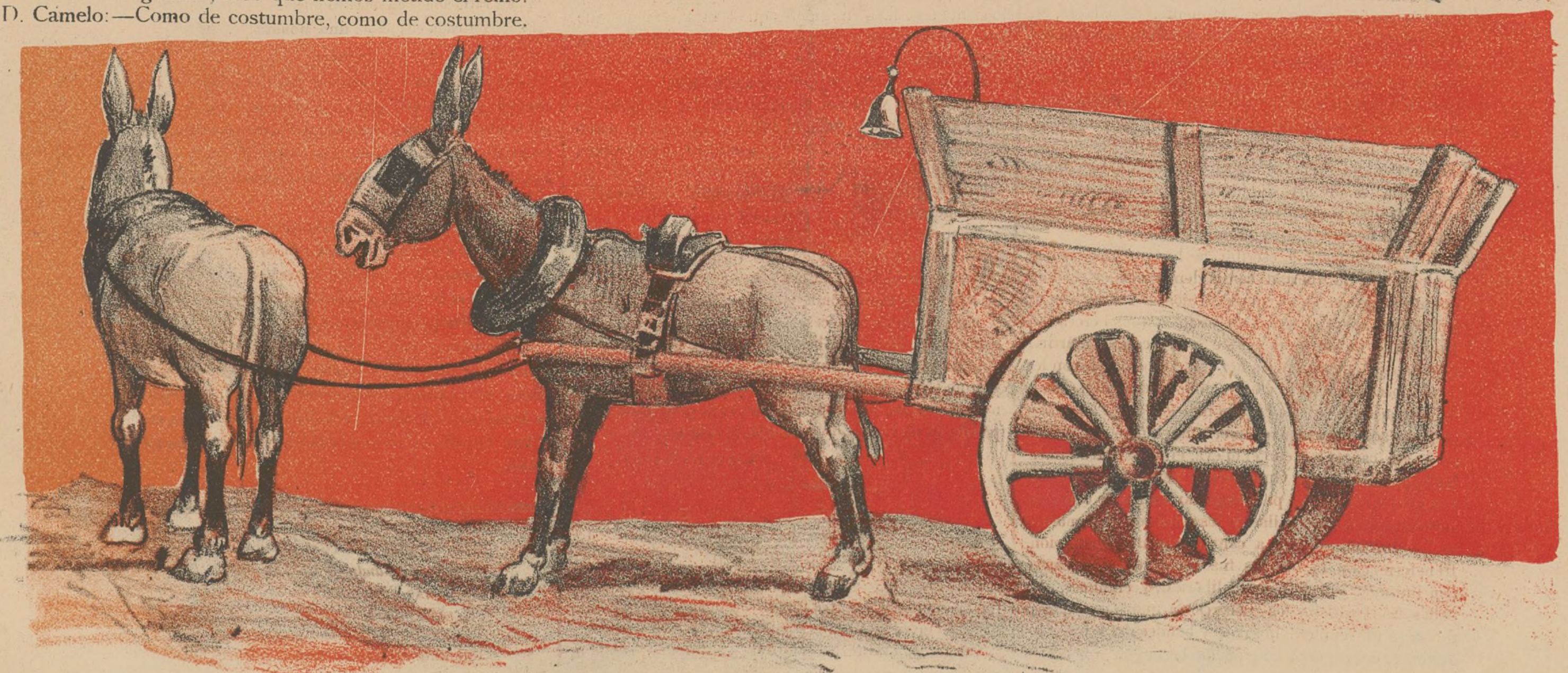
Cuervos y buitres



D. Paco:—Mi general, creo que hemos metido el remo.
D. Camelo:—Como de costumbre, como de costumbre.



—¡Ad ay... probanzas!



Modelo de carroza fúnebre para un cristiano de cuyo nombre no quiero acordarme.

la civilización de un pueblo; pero que carecieron de la unidad política, que forma el Estado. Preguntadle qué vale y significa Roma, y os asombrará con lo que conteste para convenceros de que el Imperio romano representa en la historia una audacia sublime: la de constituir la unidad del género humano. Castelar es un prestidigitador asombroso de la Historia. Nadie como él baraja los siglos.

MIGUEL MOYA.

FRAGMENTOS DE SUS DISCURSOS

Por la libertad y la emancipación de los esclavos.

¡Oh, libertad, libertad querida! Hoy que tantos te desconocen ó te maldicen; hoy que tantos de tus hijos te abandonan; hoy que tantos de los que fueron tus héroes y hasta tus mártires te profanan, porque paciente é inmortal como la Naturaleza no te prestas á la realización de sus ensueños ó á la satisfacción de sus ambiciones, yo te veo serena sobre nuestros desórdenes, inmaculada sobre nuestras faltas y nuestros errores, tranquila sobre nuestras tempestades, como la mujer simbólica del gran pintor sevillano, con la cabeza perdida en la luz increada, las plantas sobre la serpiente del mal; virgen purísima concibiendo las ideas que han de ser nuestro consuelo y nuestra gloria; madre fecunda engendrando las generaciones que han de continuar la serie maravillosa de los humanos progresos sobre la faz de la tierra...

Diputados de esta mayoría, que habéis sido llamados desconocidos, oscuros, rurales, no os importe esto, y decid al volver á vuestros hogares: «Nosotros, ayer oscuros, somos hoy inmortales; nosotros pertenecemos á la raza de Cristo, de Washington, de Espartaco, de Lincoln, porque nosotros hemos pronunciado sin temor la palabra *libertad*, y nosotros hemos puesto nuestro nombre al pie de la más grande obra humana, al pie de la redención definitiva de todos los esclavos.

Sobre la libertad religiosa y la separación de la Iglesia y el Estado.

...Yo, señores diputados, no pertenezco al mundo de la teología y de la fe; pertenezco, creo pertenecer, al mundo de la filosofía y de la razón. Pero si alguna vez hubiera de volver al mundo de que partí, no abrazaría ciertamente la religión protestante, cuyo hielo seca mi alma, seca mi corazón, seca mi conciencia; esa religión protestante, eterna enemiga de mi patria, de mi raza y de mi historia; volvería al hermoso altar que me inspiró los más grandes sentimientos de mi vida; volvería á postrarme de hinojos ante la Virgen Santa que serenó con su sonrisa mis primeras pasiones; volvería á emparar mi espíritu en el aroma del incienso, en la nota del órgano, en la luz cernida por los vidrios de colores y reflejada en las doradas alas de los ángeles, eternos compañeros de mi alma en su infancia; y al morir, señores diputados, al morir le pediría un asilo á la cruz, bajo cuyos sagrados brazos se extiende el lugar que más amo y más venero sobre la faz de la tierra: la tumba de mi madre.

Su última oración en el Congreso.

Yo concluiré mi vida por donde la he comenzado. Cuando era joven enseñaba oralmente, de palabra, en mi cátedra, el amor á la patria á hombres tan ilustres como el Sr. Moret, como el Sr. Gamazo, como el señor duque de Veragua, como el señor marqués de Sardoal. Que se levanten todos, y que digan sí, reunidos allí, no formábamos de nuestra España una especie de divinidad, y nos prosternábamos todos los días en su presencia. Pero ya no puedo hacer esto oralmente, porque la oratoria es un arte de jóvenes y no es un arte de viejos; la oratoria necesita fuerzas que aún tengo, pero que se me acabarán muy pronto.

Yo me dedicaré á escribir la historia nacional, si vosotros dais la libertad con la democracia, á medida que mi sangre se hiele, que mis ojos se extingan, que mi voz se apague, aquel comercio con los héroes que han hecho de sus huesos este suelo, con los mártires que han de sus sacrificios henchido estos aires, con los pensadores y con los poetas que han puesto tantas ideas é inspiraciones en este cielo como estrellas y luz pusiera Dios; acaso me rejuvenezca, y me quede tiempo, no sólo para cantar aquella epopeya, en cuya virtud nuestra España, rota en Guadalete y refugiada en Covadonga, descendió allí para engazar los mares como esmeraldas en sus sandalias y los soles como diamantes en su corona, sino para cantar esta transformación, transformación en que las instituciones faraónicas se han hundido y ha llegado la libertad; y entonces, acabadas las envidias y los rencores, la nueva generación me dará un sepulcro honrado y bendecido, y me pondrá en él de manera que pueda besar con mis labios

fríos la tierra nacional, y pueda pedir su grandeza para mi pequeñez y para mi muerte el calor de su gloriosa inmortalidad.

DE UNA SEMBLANZA

Son las diez de la mañana, y en un piso segundo de buena casa, pero de casa de vecindad al fin y al cabo, suena constantemente el timbre de la escalera. Un criado que pasea en el recibimiento no hace más que abrir y cerrar la puerta, desde que dan las ocho hasta que dan las doce, porque todo el que quiere ver á Castelar va á su casa, y todo el que llama en su habitación entra seguramente.

Castelar está siempre en su despacho y está siempre á la disposición de todo el mundo.

Si veis coches en su puerta, ni son suyos ni son de los que lo visitan. Son coches de alquiler que le llevan artistas, escritores, amigos, pretendientes, gente de poco caudal, en una palabra.

Como Castelar vive en el barrio de Salamanca, sólo va á pie hasta su casa la extrema necesidad ó la escasez prolongada, pero en coche propio no va nadie. Si acaso algún embajador, algún presidente del Consejo de ministros, pero ningún título de Castilla, ningún banquero.

Al fin del pasillo hay una puerta de dos hojas entreabiertas. No necesitáis avisar. Empujad y entraréis. Dadle los buenos días, y quizá no os conteste. Sentáos, como si os ofreciese el asiento, y observad la habitación predilecta del orador insigne.

Todas las paredes son estanterías de libros sin encuadernar. Si alguno veis con pasta, pergamino ó tafilete, es un regalo. Castelar no encuaderna los libros. Entre uno y otro departamento de obras de todos los conocimientos, escritas en los idiomas de todas las naciones del planeta, hay legajos, hay manuscritos, hay papeles, papeles y papeles. No tenéis qué mirarlos para conocerlos. Son pedazos de libros, hojas de libros, capítulos de libros, cuartillas, folletos, apuntes, libros hechos, libros á medio escribir, libros comenzados, libros únicamente. Ni una estampa, ni un plano, ni un grabado, ni una pintura. Cosa escrita ó cosa impresa. Nada más, absolutamente nada más.

En una mesa libros amontonados; en otra, periódicos, que son los libros de la información diaria; en el suelo, libros á montones; sobre las sillas, libros rotos; un tintero en cada rincón; plumas en todas partes; algún hierro que no sujeta los papeles; alguna escribanía que, si es de plata, no se usa y se enmohece; la estera oculta por los libros, y los libros sirviendo de pavimento y alfombra al gran tribuno.

Entre tanto Castelar, si oye ruido de alguien que entra, continúa su ocupación buscando un tomo entre aquellas confusiones, ó dando fin á un período de discurso ó de revista, como si nadie le sorprendiera, ó rompiendo las hojas de una nueva publicación, no con el cuchillo de cortar papel, que es operación lenta y de holgazanes, sino con los dedos, y después que ya dió fin á su tarea del momento, con la levita mal puesta y las manos manchadas de tinta y también el pañuelo del cuello, calados los lentes y más erguida aquella cabeza oratoria, completamente esférica, se adelanta al intruso, y si no le conoce le escucha, y si es su amigo le sienta á su lado en asientos que levantan menos que sus pilas de libros y le dedica todo el tiempo que el conferenciante necesita.

Dan las doce, y se acaban las audiencias.

Entonces se viste y lo cepillan. Castelar no sabe de qué paño se hace la ropa, ni quién la fabrica, ni cómo se trata, ni cómo se conserva. No conoce ni al sastre, ni al cepillo, ni al alcohol que conserva el pelo del estambre y quita las huellas del café azucarado. Es el desorden permanente en su vida privada.

Tiene un banquero, un amigo que le guarda lo que gana, que es lo único que posee Castelar. Le pide dinero cuando le dicen á Castelar que le hace falta, y ya no sabe más: ni de dónde viene la moneda, ni á dónde se va, ni cuándo es necesario que vuelva para que se torne á ir. No lleva bastones porque los pierde, ni guantes porque los rompe, ni relucientes almidones porque los estruja, ni nada nuevo porque lo maltrata todo. Lo tiene, lo compra, se lo entregan; pero él lo pierde, lo desbarata, lo concluye, lo deshace.

CONRADO SOLSONA.

ANÉCDOTA

Castelar estuvo en Palacio una sola vez en su vida; fué en el año 1854, tres meses después de su célebre discurso en el teatro de Oriente.

Un gentilhombre lo condujo y acompañó hasta la

cámara. No había solicitado ir; pero temió, negándose, faltar á la cortesía con S. M.

Espartero deseaba colocar á los jóvenes demócratas que más se distinguían, para fortalecer al partido progresista.

El Sr. Collado, padre del marqués de la Laguna y de la duquesa de Bailén, entonces ministro de Hacienda, había llamado á Castelar á su casa y ofrecióle un destino en su departamento; pero aquél le respondió:

—Muchas gracias, no quiero destinos, y menos en Hacienda, porque ni siquiera sé sumar.

Pocos días después, Pacheco le brindó con la secretaría de la Legación en Berlín, para que ampliase allí sus estudios de la cátedra. También rehusó.

Creyó que la reina ablandaría al intratable demócrata, y á ese objeto se le llamó á Palacio.

Pero su conversación con la reina tomó un giro muy diverso del que debía esperarse.

Las Cortes Constituyentes del 54 acababan de confirmar la dinastía y el trono en una votación donde tuvieron 21 votos los demócratas. Dividíanse á la sazón éstos en republicanos y antidinásticos, ó sea en demócratas que velan la democracia con su propia natural forma, y demócratas que sólo deseaban alterar la personificación del Estado en familia nueva, dejándole su antigua organización monárquica.

La reina le dijo á Castelar:

—He leído con atención un artículo en *El Tribuno* á favor de la República, y te confieso que más me ofenden los antidinásticos que los republicanos.

—Lo creo, señora—le replicó aquél,—pues los unos combaten la institución y los otros la persona del rey.

—¿Qué opinas de la supuesta disidencia entre los progresistas y los conservadores?

—Que esta disidencia se patentizará más tarde. Puesta V. M. entonces en la indeclinable alternativa de elegir entre ellos, optará por los conservadores. La primer victoria será de V. M., porque éstos personifican y defienden intereses muy poderosos; pero, declarándose los progresistas antidinásticos, serán derrotados en el primer choque con el trono, y en un segundo choque vencerán. V. M., con toda su dinastía será destronada, pues los progresistas representan, frente á los intereses fuertes, pero efímeros, de los conservadores, ideas que parecen al pronto débiles y son inmortales. El mundo es un campo de batalla entre las ideas y los intereses; las victorias parciales son todas de éstos; pero las victorias definitivas son todas de las ideas.

La reina no se mostró enojada, imputando la audacia de tal profecía á romanticismo de los veintitún años, más que á desacato de un tribuno casi adolescente.

Castelar se arrepintió más tarde; es decir, después que hubo trabajado tanto para que su profecía se cumpliera, y juró no tornar á ver nunca á rey alguno.

PEDRO DE NOVO Y COLSON.

LIBROS

Se han repartido los cuadernos 11 al 20 del notabilísimo *Diccionario de la vida práctica*, que con tan gran aceptación viene publicando la importante casa editorial de Bailly Baillié é Hijos.

Ya hicimos en tiempo oportuno el debido elogio de esta obra, de tan gran utilidad para todos.

Y nos ratificamos en nuestro juicio.

Precio de cada cuaderno: una peseta.

La casa editorial de los señores Bailly-Baillié é Hijos acaba de publicar una nueva é interesante obra, del distinguido publicista y catedrático de la Universidad Central don José Cascales y Muñoz, más conocido en el mundo literario con el pseudónimo de *Mathefilo*, acompañada de un prólogo del Sr. Becerro de Bengoa.

La palabra y sus manifestaciones lleva por título la obra; en ella se da á conocer el origen y desarrollo del lenguaje; primeras formas de la palabra; sus relaciones entre el pensamiento y el lenguaje, y cuantas investigaciones sobre esta materia ha hecho la ciencia filológica.

Y, por último, amplía tan curioso trabajo con breves y acertadas disertaciones acerca de los distintos medios de difusión de la palabra, tales como la Escritura, la Imprenta, la Litografía, el Telegrafo, el Teléfono, el Fonógrafo, etc.

Tan importante obra se halla de venta en todas las librerías.

—¿Quién viste como ninguno y hace un *dandy* de un pillastre?

—TOMÁS TREVIJANO, sastre, SAN FELIPE NERI, 1.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.